

en el Estado actual de Nueva York, los Ingleses se hallaban en contacto con las Cinco naciones de los Iroqueses, de quienes se constituyeron en vanguardia contra la tribu congénere de los Hurones; los colonos de Pennsylvania luchaban con Indios menos belicosos, los Lenni-Lenap, mientras que los Virginios guerreaban encarnizadamente contra los Powhattans y otros clanes de la misma familia. En cuanto á las colonias meridionales de los blancos, sólo se extendían en el interior apoderándose de los territorios que habían habitado los Tcherokis (Cherokee), los Cris (Creek, Muskoghi) y otras tribus de menor importancia en el grupo de los Apalaches. En casi todos los combates las armas de fuego triunfaron sobre las flechas, y, durante las treguas, el aguardiente continuó la obra destructora que habían comenzado las balas; sin embargo, ocurrió con frecuencia que los invasores corrieron el riesgo de ser rechazados hacia el Océano por una reacción ofensiva de los Indios, y que para evitar justas represalias, hubieron de recurrir á los soldados de la madre patria.

En la segunda mitad del siglo XVIII, los colonos, en número de cerca de dos millones de individuos, habían llegado á ser bastante poderosos para no temer las guerras con los Indios; por otra parte, se habían desembarazado al Norte y al Oeste de una vecindad molesta por la sumisión del Canadá á las armas británicas. Conscientes de su fuerza y unidos en un principio de nación que tomaba un carácter cada vez más homogéneo, sufrían con creciente impaciencia la intervención superior del gobierno metropolitano representado por sus gobernadores, sus generales, sus cobradores de contribuciones, todos gente de ultramar en quienes sólo se veía extranjeros. Poco á poco los ingleses de América se dirigían á la idea de autonomía, y los actos de indisciplina se cambiaban en rebelión verdadera. El ministerio británico, muy vacilante en su política, pasaba de la insolencia á la debilidad y del miedo á la arrogancia en la represión del contrabando y en la fijación de los derechos de timbre y de los impuestos aduaneros, y esas mismas vacilaciones constituían otras tantas excitaciones en pro de las reivindicaciones coloniales.

El primer acto de rebeldía tuvo lugar en el puerto de Boston, al final del año 1773, cuando unos cincuenta ciudadanos, dis-

frazados de Pielas Rojas, se apoderaron de un barco inglés cargado de té y arrojaron al mar toda la carga. Sin embargo, transcurrió más de un año sin que los crecientes odios llegasen á convertirse en conflicto sangriento, y esto á consecuencia del desprecio en que se tenían aquellas le-

janas colonias, en las cuales la principal era calificada en los documentos oficiales de Isla de Nueva Inglaterra¹. El ataque por los Ingleses del pequeño arsenal de Lexington, en Massachusetts, fué la señal de la guerra. Un mes después, la defensa de Bunkers'hill, débil elevación próxima á Boston, determinaba las tropas británicas á evacuar aquella ciudad, y el mismo día del combate, el congreso de los representantes coloniales residente en Filadelfia

elegía un general en jefe para dirigir la resistencia armada contra los Ingleses, considerados en lo sucesivo como enemigos.

Jorge Washington, el oficial militar que, por su nombramiento, llegó á ser, como ciudadano y jefe de Estado, el personaje representativo de la nueva federación política, fué nombrado, no solamente en razón de su experiencia de la guerra — había tomado parte en las campañas contra los Indios y contra los Franceses —, sino prin-



Cl. J. Kuhn, edit.

BOSTON, FANEUIL-HALL
Centro de la resistencia americana.

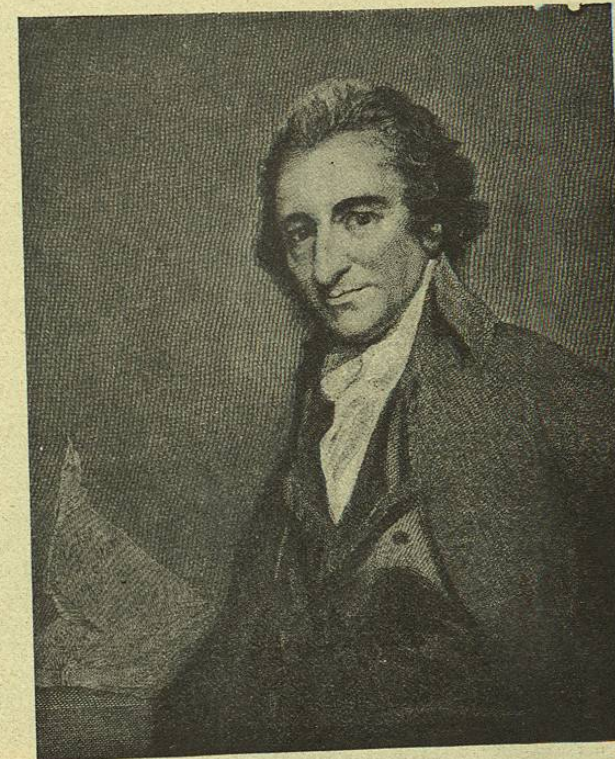
¹ E. Boutmy, *Eléments d'une psychologie politique du peuple américain*, p. 130.

principalmente á causa de su posición eminente entre los grandes propietarios virginios. Aristócrata por su fortuna, sus territorios y sus esclavos, ofrecía á los Americanos un ejemplo de prudencia y de respeto escrupuloso á las leyes establecidas. Si fué un rebelde, lo fué á su pesar obligado por la fuerza irresistible de los acontecimientos.

Aunque rebelándose, la mayor parte de los revolucionarios americanos no trataban de conquistar la independencía política absoluta. Habían comenzado por llamarse «súbditos leales» á la vez que expresaban su descontento, y se imaginaban que si en alto lugar se hubieran atendido sus demandas, el lazo nacional de fidelidad se habría estrechado aún más en ellos por la gratitud. Los Ingleses de ultramar se sentían tan orgullosos como los de la madre patria de pertenecer á la nación conquistadora que en aquel mismo siglo había celebrado tantos triunfos en las dos mitades del mundo, lo mismo sobre las orillas del Ganges, que sobre las del San Lorenzo. Además causaban la admiración de Voltaire, de Montesquieu, y la de casi todos los pensadores sus contemporáneos por aquella «gloriosa» constitución parlamentaria, que se consideraba como formando un admirable mecanismo de compensación entre todos los elementos de la nación, realza, nobleza, burguesía, elementos entre los cuales se había olvidado clasificar la masa del pueblo que trabaja y sin la cual reyes, nobles y burgueses morirían de inanición. Por último, todos los que eran cristianos, ó se creían tales — que eran la inmensa mayoría en las colonias británicas, y especialmente entre los Bostonianos, los más empeñados en la lucha —, se hallaban en gran confusión para conciliar sus escrúpulos de conciencia con la reivindicación de sus intereses. No hay duda que podían leer y releer el famoso episodio ¹ que refiere cómo el profeta y juez de Israel desaconsejaba á los Judíos que tomaran rey, inútil por lo demás; pero á ese curioso pasaje, que atestigua la rivalidad constante de los dos poderes, teocrático y monárquico, ¿cuántas otras citas de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento, podían oponer para convencerse del deber de obediencia hacia los soberanos y todos aquellos que empuñan el cuchillo, símbolo de la voluntad divina?

¹ Samuel, cap. VIII.

La idea, el deseo, la voluntad de hacerse independientes vinieron tarde y gradualmente á los Americanos rebeldes; la guerra duraba un año cuando los cuerpos constituídos de la mayor parte de las colonias hablaban todavía de su fidelidad al rey y recomendaban al generalísimo que procurara un arreglo con la madre patria como el «voto más querido de todo corazón americano». En Mayo de 1775 Nueva York conservaba todavía la esperanza de conservar la unión con la metrópoli y hasta hizo una tentativa aislada para llegar al acuerdo. Uno de los delegados de Georgia en el congreso de 1775 declaraba que en su provincia toda proposición de proclamar la separación sería inmediatamente castigada con la muerte



Gabinete de las Estampas.

THOMAS PAINE, 1737-1809
según el cuadro de Romney.

por la multitud irritada ¹; por su parte, Washington exclamaba: «¡Si alguna vez me hallarais dispuesto á reivindicar la separación con la Gran Bretaña, consideradme dispuesto á todas las infamias!»

Del exterior, de la misma Inglaterra llegaron las excitaciones á la independencía. El admirable Tom Paine, á quien se halla después participando en la revolución francesa como miembro de la Convención, tomó más parte que nadie en la revolución americana, y por su libro *Common Sense* determinó á miles de vacilantes á de-

¹ Boutmy, obra citada, p. 131.

clararse francamente rebeldes, libres para siempre del lazo moral que les unía al país de sus abuelos. El acta de independencia, proclamada el 4 de Julio de 1776, se redactó ciertamente en sus partes esenciales bajo la influencia de las ideas filosóficas y morales profesadas en aquella época



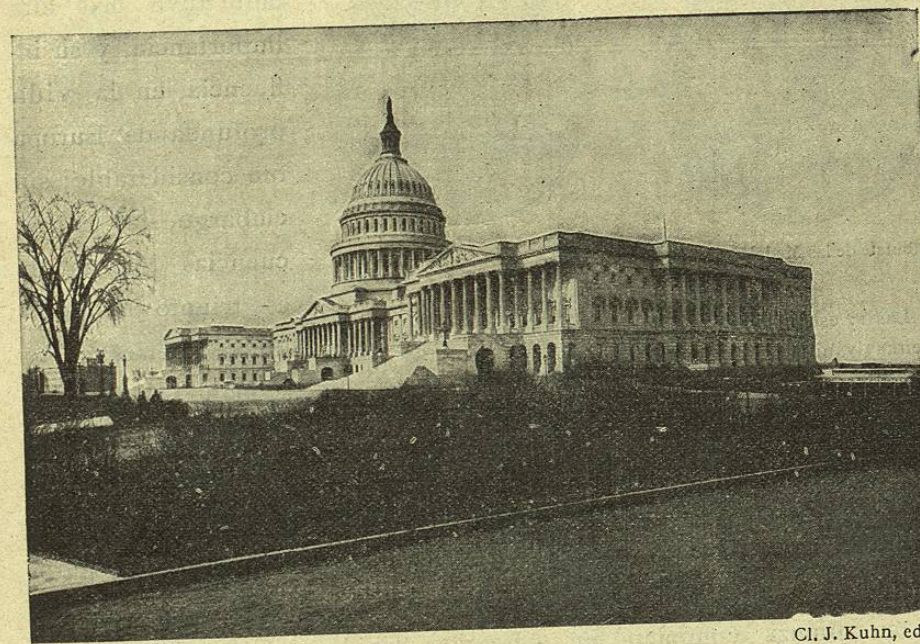
JORGE WASHINGTON, 1732-1799

según el cuadro de John Jenninbull.

por los librepensadores de la Europa occidental. Además, los veinticuatro artículos de la constitución de Pennsylvania que sirvieron de fondo primitivo á la carta nacional eran obra de Penn, cuáquero convencido, y, como tal, profundamente penetrado de las ideas de tolerancia y de equidad humana. Jefferson, que, entre los fundadores de la República, fué el más activamente responsable de la declaración de Independencia, se había inspirado más en la *Enciclopedia* y en el *Contrato Social*, que en las tradiciones conservadas por los puritanos de Massachusetts: ni una palabra bíblica se halla en aquella proclamación solemne del nacimiento de un pueblo¹. Es indudable que los Americanos de nuestros días, si hubieran de formular su razón de ser como nación, no darían semejante amplitud ni tan extenso sentimiento de humanidad á sus palabras.

¹ Michelet, *Histoire de France*, XVII, p. 233.

La guerra fué muy larga, penosa y en muchas ocasiones casi desesperada para los rebeldes. El gobierno británico, en posesión de todo el dinero que podían suministrar los empréstitos y de una flota poderosa, tenía también en número suficiente los hombres que producían las levas en las tabernas y en las calles, como también la carne de cañón que por dinero contante le vendía el príncipe filósofo, el landgrave de Hesse. Por su parte, las trece colonias del



Cl. J. Kuhn, edit.

WASHINGTON, EL PALACIO DEL CONGRESO

Se halla situado en medio de unas soledades (Véase pág. 620).

litoral americano, que tenían intereses diferentes, rencores mutuos y no se habían desprendido moralmente en igual grado de la madre patria, no siempre obraban en perfecto acuerdo.

Sin embargo, acabaron por triunfar, gracias á la duración de la lucha, á la simpatía de los hombres de libertad, hasta de la misma Inglaterra, y sobre todo á la ayuda material de Francia, arrancada á la mala voluntad de Versalles por la triunfante opinión pública. En 1781 el ejército inglés se hallaba encerrado en medio de los estuarios pantanosos de Virginia, en la plaza fuerte de Yorktown, teniendo á un lado una columna de asalto americana dirigida por Lafayette, mientras, por el otro, una columna de Franceses fran-